

BEYI, LA OVEJA SOÑADORA

Beyi era la ovejita más inteligente de su rebaño. O eso decía su mamá cuando, cada mañana, la pequeña dedicaba parte de su tiempo a contarle a sus compañeras las historias que las estrellas, paseantes de la noche, le habían contado aquella madrugada.

–Porque Beyi es tan lista que entiende el lenguaje de las estrellas – decía mamá Oveja orgullosa de su retoño.

Y era cierto, cuando en plena madrugada Beyi se despertaba, muy despacito, sin molestar a nadie, se alejaba un poco de sus compañeras y pasaba largo rato contemplando a las viajeras nocturnas. Así fue como las estrellas acabaron por convertirse en amigas suyas. Las historias más bonitas que jamás hayan sucedido volaban desde el cielo hasta llegar a Beyi. Ésta las guardaba entre sus sueños y las dejaba crecer hasta convertirse en lindos relatos que luego, camino del abrevadero, servían de alimento a las cabecitas de todas las ovejas del rebaño.



Pasaban los días, las noches se alargaban poco a poco hasta que llegó la noche más larga de aquel invierno. Beyi no pegó ojo. Pero no penséis que al día siguiente estaba cansada. Al contrario, fue la primera en acudir al pesebre. Apenas se zampó el primer bocado de hierba fresca cuando varias de las ovejitas acudieron a saludarla. Beyi, rodeada de sus amigas, comenzó a dar saltos de alegría.

–Esta noche he conocido a la estrella con cola. Viene desde Oriente – dijo a manera de saludo.

–Sí, hija, sí. ¿No habrás soñado con un perro pastor volando entre las estrellas? –preguntó Ovi, uno de los corderillos más traviesos.

–¿No me creéis? Pues si os digo que también la contemplaban extasiados unos señores que venían tras ella...

–Claro. Y cuando llegue hasta aquí nosotros también la acompañaremos como si esos señores fuesen nuestros pastores. Todos seguiremos al perro estrella –respondió Ovi.

–Pues no se me había ocurrido. Habrá que convencer al señor pastor para que nos deje acompañarlos –respondió Beyi.

Entre conversaciones como ésta que acabamos de escuchar pasaban los días. La estrella, cada vez más cerca, dejaba adivinar su presencia cuando, en los amaneceres, antes de que el Sol saludase a la tierra, una tenue nubecilla gris bailaba durante un instante sobre el horizonte. Hasta que, una noche, cuando sus compañeras se retiraban camino del aprisco, Beyi, se retrasó lamiendo alguna fresca hierbecilla en el prado cercano. Hipnotizada por la claridad que se adivinaba por el levante dio un salto en aquella dirección al tiempo que lanzaba un balido tan alegre que todas las ovejas volvieron sus miradas hacia aquel lugar.

Allí, una luminosa estrellita comenzaba a caminar por el horizonte dejando tras de sí una cola dibujada en colores tan preciosos que pastor, perros y ovejas quedaron extasiados ante su presencia. Y, como había

anunciado Beyi, a lo lejos, siguiendo el sendero que la estrella les marcaba, se adivinaba la presencia de un grupo de señores que cabalgaban a lomos de unos camellos.

Fue un viejo pastor quien rompió el silencio.

–Cuenta mi padre que hace muchos, muchos años, uno de sus abuelos anunció la llegada de una gran noticia para nuestro pueblo. Y que esa noticia sería anunciada por la estrella más extraña que jamás se vio caminar por el cielo. Sigámosla.

Así fue como los pastores, olvidándose de sus ovejas emprendieron la marcha tras la estrella.

–¿Qué hacemos nosotras? –preguntó Ovi.

–Lo mismo que los pastores, pero nosotras corremos más... – respondió Beyi.

Momentos después, las ovejas corrían locas de entusiasmo en la dirección marcada por la estrella. Adelantaron a los pastores, llamaron a las ovejas de los demás rebaños que vivían por los alrededores y, formando una gran manada, llegaron hasta la puerta de un establo que

había a la entrada de un pueblecito llamado Belén. La estrella se detuvo sobre el lugar y las ovejas, atraídas por la paz que manaba de aquel lugar, guardaron un respetuoso silencio apenas roto por el latido de un tierno corazón.

–Tiene hambre, dijo Beyi. Y su mamá aún no ha recibido la primera señal de leche en su pecho.

Entonces, la mamá de Beyi se adelantó a sus compañeras, entró en el establo y acercándose a la señora, le ofreció un cálido chorrillo de leche. La señora agradeció aquel ofrecimiento con una suave caricia tan tierna y llena de cariño que, desde entonces, todas las ovejas del mundo se convirtieron en mensajeras del amor.